

cristiano y civilizado, y entretanto, os enviamos nuestra Bendición Pastoral.

Se leerá este Edicto *inter missarum solemnía*, en todas las Iglesias de la diócesi el primer domingo después de recibido.

Dado en nuestro Palacio Episcopal de San Luis Potosí, á 22 de Septiembre de 1892.

✠ IGNACIO,

OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ.



DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO
SEMINARIO DE SAN LUIS POTOSÍ, LA NOCHE DEL 11
DE OCTUBRE DE 1892, CUARTO CENTENARIO
DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.



I

HOY hace cuatrocientos años, á esta misma hora, en una noche apacible como la presente, las carabelas de Colón surcaban por primera vez los mares del Nuevo Mundo. Sentado en el castillo de popa de su capitana, con la vista fija en Occidente, con el alma llena de fe y el corazón henchido de esperanza, aguardaba el Almirante el momento suspirado hacia tanto tiempo, y que presentía ya cercano, en que la tierra con tanto afán buscada apareciera ante sus ojos. De repente descubre una luz, una luz que ya brilla, ya se esconde, ya sube, ya baja, y le prueba que ha llegado á los confines del *mar tenebroso*, y se encuentra en un mundo desconocido á los habitantes del antiguo, pero evidentemente poblado.

Desde este instante, Señores, más bien que de la aurora del día subsiguiente, debe empezar á contarse la época del descubrimiento de América. En este instante termina el reinado del paganismo en este continente, y juntamente con la luz que brilla á los ojos de Colón empieza á lucir para los habitantes de esta parte del mundo la luz del Evangelio. Saludemos con efusión esta noche venturosa. Después de aquella que vió nacer en Belén al Salvador de los hombres, no hay otra más sagrada ni más solemne para nosotros. Elevemos nuestros corazones al Señor y demos gracia á la Estrella de los mares por los innumerables beneficios que de esa noche de impercedera memoria han dimanado; y así como el almirante, al cerciorarse de que era realidad lo que veía, exclamó alborozado: *¡tierra! la tierra prometida ha lucido ante mis ojos*, así nosotros, llenos de reconocimiento hacia el Creador y hacia su glorioso instrumento, el piadoso descubridor de las Indias Occidentales, clamemos estusiasmados: *¡Cielo! ¡Se ha abierto el Cielo para los hijos de este hemisferio!*

¡Ah! ¿Qué habría sido del mundo si en vez de soplar esa noche viento bonancible hubiera rugido el Aquilón, como acostumbra al entrar la estación autumnal, y hubiera hecho pedazos contra los arrecifes de Guanahani las frágiles barquillas de los cansados navegantes? ¿Qué, si desatándose el viento del Sur, las hubiera desviado de su rumbo y alejado el momento por que tanto ansiaban los ya indisciplinados marineros? Bien sea que las olas hubieran sepultado á Colón, bien sea que la amotinada chusma lo hubiera obligado á regresar á España, el descubrimiento del Nuevo Mundo se habría diferido indefi-

nidamente, y sus míseros habitantes habrían seguido gimiendo largos siglos en las tinieblas del error. Aún continuarían devorándose unos á otros los habitantes de las Antillas, aún se ofrecerían sacrificios humanos en los templos de México, aún seguirían las diversas tribus, más ó menos salvajes, sujetándose las unas á las otras á dura esclavitud. Entretanto en la vieja Europa las herejías que por esa época surgieron habrían arrebatado á la Iglesia á millares de sus hijos, sin que nuevas conquistas repararan las terribles pérdidas.

Pero el mar bonancible, la brisa suave, la noche apacible y clara con que favoreció el Omnipotente á Colón el 11 de Octubre de 1492, cambiaron en un momento la faz de la tierra y rompieron las cadenas que ataban á la idolatría á los habitantes del nuevo Continente. Gracias á esa noche, en vez del alarido del salvaje, resuenan ahora en estos valles los dulces acentos del habla de Santa Teresa de Jesús. Gracias á esa noche, se elevan majestuosas las catedrales de México y de Lima, de Nueva York y Río de Janeiro. Gracias á esa noche, millones y millones de gentes civilizadas y cristianas pueblan este inmenso territorio, y por casi cuatro siglos han resonado las alabanzas del Señor desde el Río de San Lorenzo hasta la extrema Patagonia. Gracias á esa noche, la Iglesia reparó con usura las pérdidas que le causara la herejía, y más que nunca pudo erguirse santamente orgullosa y proclamarse con justicia católica, sin límites, universal.

¡Oh noche mil veces venturosa! Justo es que los católicos hijos del Nuevo Mundo nos congreguemos á celebrarte en este fausto aniversario. ¡Oh Colón inmortal!

Poco son para tu insigne mérito los honores que en todas las naciones del mundo, por tí descubierto, se te han decretado en esta época de imperecederos recuerdos. ¿Qué son á tu lado el ínclito Jason y los demás heroicos argonautas? ¿Qué Marco Polo, ó Américo Vespucio, ó Magallanes, ó los más insignes exploradores y navegantes que te precedieron ó después te han seguido? Á todos sobrepujas en ciencia, en valor, en audacia, en fe, en constancia, en intrepidez, en ingenio; pero sobre todo en la magnitud de tu empresa y en los maravillosos resultados que previste y produjo. Con razón todos te proclaman héroe, gigante, coloso, mientras algunos quisieran apellidarte semidios y otros agregarte al catálogo de los santos. Con razón el Pontífice Supremo te declara hombre providencial, y la Iglesia te reclama por suyo. En verdad que con más justicia que del guerrero que á principios del siglo cantó el egregio vate Lombardo, podemos decir de tí llenos de entusiasmo: ¡Oh Fe Católica, acostumbrada á los triunfos! Escribe esta nueva victoria en tus gloriosos fastos. Llénate de regocijo porque jamás dobló la frente á la ignominia del Gólgota una alma más grande, más elevada, más sublime.

Pura, immortal, benefica
 Fede, ai trionfi avezza,
 Scrivi ancor questo: allegrati,
 Che più superba altezza
 Al disonor del Gólgota
 Giammai non si chinò.

Justo era, Señores, que rindiéramos al inmortal navegante el más alto tributo de que nuestra pequeñez es

capaz, escogiendo esta noche para que nuestros alumnos vengan á deponer á sus plantas las medallas y coronas con que se recompensan sus trabajos escolares. He aquí por qué, abreviando más de un mes el año académico, hemos designado el día de hoy para la distribución de los premios.

II

Si en honor de Colón hemos escogido esta fecha para la presente solemnidad, cumple á mi lealtad declararos que no es este el motivo que nos ha impelido á cambiar la época de las vacaciones, y que tal medida no es extraordinaria ni se debe tan sólo á la fiesta que este año solemnizamos. Es nuestro intento que las ferias, hasta aquí invernales, se pongan otra vez en el Estío, como en un tiempo se acostumbraba.

Cur tam varie? me dirá quizás alguno de los oyentes. ¿No sois vos el mismo que hace once años en Monterrey exclamabais *ex cathedra*: *La experiencia ha enseñado que en México en general la estación más á propósito para las vacaciones es el Invierno?* Proferí, en efecto, tales palabras, y conformando á ellas los hechos, cambié las vacaciones de aquel Seminario del Otoño, que allí más bien es *estío*, á los meses hiemales. La experiencia de los últimos años me ha enseñado que, en San Luis en particular, conviene que las ferias sean en la época de las lluvias, nunca demasiado abundantes para impedir que el colegial y el maestro gocen de su descanso anual y reparen las fuerzas con saludable ejercicio. Á los jóvenes de aquellas cálidas regiones decía en el mismo discurso: *no os pesará pasar algunos días en el campo, á tiempo que las cañas de azúcar empiezan á destilar su dulce jugo, y cuando las brisas del Norte, algunas veces frías, siempre frescas, convidan á la actividad y al ejercicio.*

Estas palabras, que serían absurdas aquí donde el

cierzo entristece en Diciembre la poco fecunda campiña, os señalan uno de los motivos por que quiero que interrumpáis vuestros trabajos en el período estival. Es el más á propósito para pasar algunos días en el campo: y ahora que la facilidad de los viajes ha generalizado en todas las clases la costumbre de salir á *veranear*, no quiero privaros de este recreo.

También sucede que los padres de familia que tienen á sus hijas en el Colegio de niñas y á sus hijos en este Seminario, sufren trastornos no leves, no coincidiendo las vacaciones en uno y otro establecimiento. También los sufrimos nosotros, aunque por otros motivos que no es fuerza explicaros; y deseamos uniformar la época del año académico en ambos gimnasios. Conviene asimismo al Clero que los ejercicios espirituales que anualmente practica, cuando los colegiales han dejado vacío este edificio, sean en una época más temprana. Cuadra, por último, al esplendor del culto, que las funciones de la Inmaculada Concepción, de Nuestra Señora de Guadalupe, y de Navidad, se celebren cuando todos los seminaristas se hallan reunidos en la Capital de la Diócesis, y no como hasta ahora, con escasa asistencia de Clero.

Como la rápida transición de un sistema á otro habría acarreado no leves inconvenientes para los estudios, este año anticipamos sólo un mes, y abreviamos quince días, las vacaciones: el año venidero, ó á más tardar el subsiguiente, nos podemos poner en el punto que deseamos.

No han faltado razones que se opongan al proyecto. He aquí la principal: ¿siendo algunos de nuestros jóvenes, alumnos al mismo tiempo del Colegio del Estado, ó presentándose allí periódicamente por lo menos para